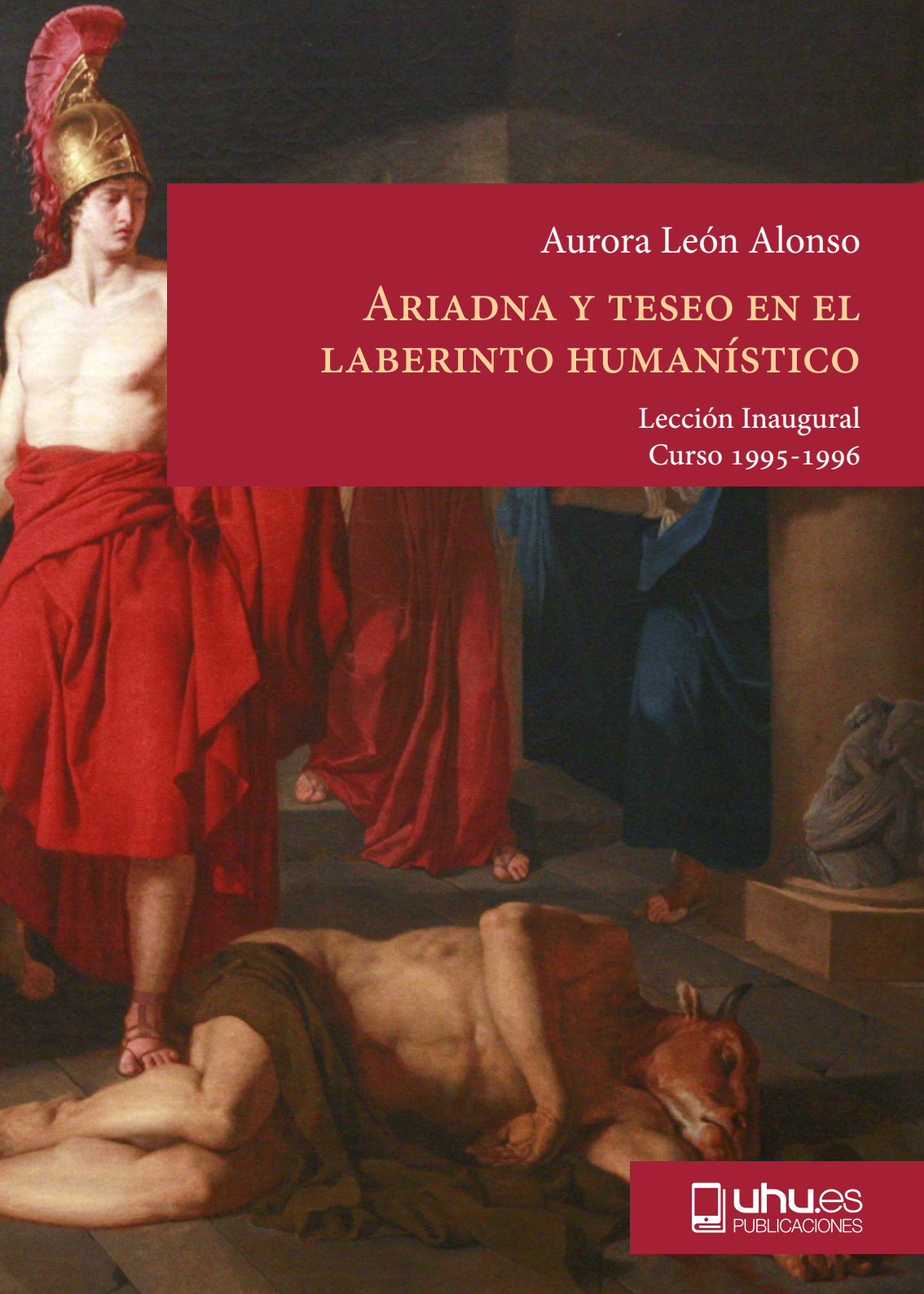




Aurora León Alonso

ARIADNA Y TESEO EN EL LABERINTO HUMANÍSTICO

Lección Inaugural
Curso 1995-1996

ARIADNA Y TESEO
EN EL
LABERINTO HUMANÍSTICO

AURORA LEÓN
CATEDRÁTICA DE HISTORIA DEL ARTE
UNIVERSIDAD DE HUELVA

ARIADNA Y TESEO EN EL LABERINTO HUMANÍSTICO

*LECCIÓN INAUGURAL CURSO ACADÉMICO
1995-96*



Universidad
de Huelva

Septiembre, 1995
© SERVICIO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE HUELVA
© AURORA LEÓN

Impreso en España, Printed in Spain
ISBN: 84-88751-96-6
Depósito Legal: S-921-1995

EUROPA Artes Gráficas, S.A.

*Excmo. Sr. Presidente de la Junta de Andalucía,
Excma. Sra. Consejera de Educación y Ciencia,
Excmo. y Mgfc. Sr. Presidente de la Comisión Gestora
de la Universidad de Huelva,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Queridos Miembros de la Comunidad Universitaria,
Sras. y Sres.*

Cuando el genial y atrabiliario gallego le
Cespetó al *pasmo de Triana*

- Juan, ya eres un mito; sólo te queda morir
en la plaza,

Belmonte le contestó con humor universal, es
decir, macareno y trianero:

- se hará lo que se pueda, Don Ramón, se
hará lo que se pueda.



Sé que no soy un mito ni deseo morir en este intento pero soy consciente del *miura* que hoy me toca lidiar en este coso universitario, gracias a la excesiva deferencia y confianza que en mi ha depositado el Excmo. y y Mgfco. Sr. Presidente de la Comisión Gestora.

Nuestro traje de luces académico no suele vestirse sino excepcionalmente para ocupar el lugar en que me encuentro y esta nueva experiencia, por inusual y palpitante, me hace sentir hoy una extraña sensación: la responsabilidad de aligerar con arte este grave peso que sobre mi ha recaído. ¿Qué haré con *Ariadna y Teseo en el laberinto humanístico* a las puertas del siglo XXI ? Acumulo serias dudas y bien fundados temores sobre mi buen hacer en estas lides pero carezco de tiempo para cavilar y me apresuro, por tanto, a agradecer al Excmo. y Mgfco. Sr. Presidente el reto al que me somete y a intentar recabar el digno trofeo que el respetable de esta plaza merece. Y, sin más, ¡va por ustedes! y que Dios reparta suerte.



LOS griegos lo inventaron todo. Incluido el guiño lanzado a su hija nueva rica e invasora, Roma, creadora del Derecho. Sus herederos felices y caprichosos nietos, demócratas o republicanos, trasladaron la capitalidad mundial a Estados Unidos donde, en un espectacular juego malabar, trocaron el denario por el dolar y el europeo, croneado y cartesiano *¿comprendes?* por el glamour del light *¿you nou?* Orto y ocaso de la civilización occidental, excepción hecha de dos hijos contemporáneos que, descontentos y rebeldes, dieron pataletas tan soberbias y sonoras como la teoría de la relatividad y del inconsciente que conmovieron al mundo.

Y aquí andamos, un tanto desorientados, a poco tiempo de depararle sus exequias a este



siglo agonizante y recibir, no sé con qué porcentaje de euforia y temor, al XXI sin saber a ciencia cierta qué hacer con la reflexión griega, cómo aplicar el concepto de justicia en un mundo insolidario y cuándo terminaremos de solventar nuestras hipotecas para poder invertir en bonos del Estado.

Antes de que agudos auditores me señalen mentalmente con el dedo, me apresuro a confesar mi abierta provocación reflejada en simplista reduccionismo. Es cierto: ni el mundo fue ni es tan deslumbrante, sabio, creativo y rico ni tan pobre, sórdido, ruin y cicatero como he esbozado. Pido disculpas, por tanto, e intento comenzar de nuevo.

Los griegos recurrieron al mito para explicarse el mundo y comprender ese universo frágil y recién nacido que les había tocado vivir. Nosotros, en justa ley, tomamos de prestado los suyos razonando sus ficciones alegóricas de contenido universal o creando nuevas fábulas plásticas a base de PVC o fibra óptica. Pero ni ellos,



con su brillante ejercicio de la razón envuelta en el esplendoroso peplo de la audacia, ni nosotros, esponjados en tecnología punta y sofisticadas telecomunicaciones, hemos solventado el enigma del hombre ni el problema de la existencia, pese a la radical diferencia que nos separa: ellos y sagaces seguidores en la Historia que los estudiaron, alertas, con ojo de entomólogo, se sobreesforzaron por ahondar en la fórmula mágica del oráculo délfico.

El *gnósce seautón* partió como una triple bandada de flechas en dirección al interior del hombre individual, al conocimiento costero del coetáneo y a la profundización intelectual de la obra legada por los hombres que ya habían realizado la Historia y su historia. Y sintieron —eso sí, fugazmente— la plenitud de la autoestima, el goce sin límites de la conciencia histórica y el bien fundado orgullo de haber comprendido y actualizado a sus esforzados antecesores. Sintieron, pensaron y vivieron. Sospecho que el contundente, tembloroso y palpitante *yo sé quién soy* de don Quijote a



Pedro Alonso nos suena hoy simplemente a erudita frase cervantina, carente de toda la potencia humana que contiene.

Desconocedora crasa de la composición estructural del PVC y de la fibra óptica, recorro a la exposición de un mito del ciclo cretense que, más allá de su belleza humana, potencia plástica y perspicacia literaria, ofrece una rica ductilidad interpretativa al objetivo que pretendo: ubicar las Humanidades donde personalmente considero que hoy están —en un dedálico laberinto— y explorar las posibles vías de salida para no quedarnos asfixiados en él. Teseo lo consiguió, pero era un héroe, y, para mayor ventaja en la empresa, contó con el secreto ovillo de Ariadna quien, enamorada del ateniense, consiguió con tan creativo, ingenioso y astuto ardid que su héroe pudiera dar muerte al Minotauro. No hace falta mucha inventiva para comprender hasta aquí el sentido de la fábula: la ciencia se auna al arte para vencer a las fuerzas destructoras de la vida, la ignorancia, la necedad y la incultura.



Pero es fuera ya del laberinto, aparentemente superada la prueba, donde el mito cobra una fuerza intensamente singular: el destino de Teseo y Ariadna o las vicisitudes del maridaje entre la Ciencia y las Humanidades.

La tradición más común —sin lugar a dudas, la de Catulo es la más lograda— explica cómo Teseo abandonó a Ariadna mientras dormía —aunque ¿puede un conocimiento tan vigoroso y fértil desdeñar complemento tan sutil y frágil?— y que Diónysos la hizo su esposa, al encontrarla abandonada. De ser así, habría que dar la razón a don Eugenio D'Ors cuando opinaba que la mujer —como lo barroco— era una perfecta enferma o creer que en el mito radica la base de la distinción entre lo apolíneo, científico, riguroso, de austeridad dórica y objetivo frente a la feminidad jónica, subjetiva y mágica. ¿Se albergarán en las entrañas de ese rapto dionisiaco las supuestas divergencias y confrontaciones entre las ciencias y las humanidades?



Otras variantes del mito aportan a la cuestión nuevas interrogantes, siempre laberínticas. El suicidio de Ariadna al despertarse y ver cómo ondeaba en el horizonte el velamen del barco de Teseo no parece explicación muy plausible, dado que el sentido trágico de la existencia está alejado de la concepción fecunda, activa y fertilizadora que el cretense, bañado por la suave ondulación mediterránea y egea, siente ante la vida. Cabe preguntarse, además, si un conocimiento auténticamente filosófico, científico y sensible acepta que las ideas literarias, artísticas, musicales o cinematográficas, siempre vivificantes, se aborren en sus horizontes de creatividad.

La explicación del abandono de Ariadna por Teseo debido a que éste amaba realmente a Egle no pondría de manifiesto más que la frívola volubilidad del héroe y, aunque en temarios de amor la razón se va de asueto, cuesta aceptar que la grandeza semidivina del ateniense se doblegue ante una sospechosa ninfa, de deslumbradora belleza y voz extremosamente melodiosa, cierto,



pero hija de la Noche. Y el conocimiento es, por antonomasia, luminoso y refractario a la tiniebla.

Mayor credibilidad y actualidad cobra el relato que cuenta cómo los dos personajes mitológicos realizaron un largo viaje —seguramente su duración podríamos llevarla hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX— haciendo Teseo que desembarcase Ariadna para descansar en Chipre. Una fatal coyuntura, azar inesperado, imperdonable error, por incalculado, o absurdo destino trocó los horizontes de las ciencias y las artes puesto que, mientras atracaba las naves, fue arrastrado mar adentro y, al volver a recogerla, había muerto la heroína tras dar a luz un hijo concebido del héroe. Teseo, fiel, instituyó en la isla un rito consagrado a Ariadna.

El hilo de preguntas se entreteje en una compleja y laberíntica urdimbre de difícil solución: ¿qué imperativo categórico o innecesaria prepotencia ejerce la ciencia sobre el arte?; ¿acaso éste ha descansado algún día desde que aquellos grandes anónimos prehistóricos se atreviesen



con el bisonte de Altamira?; ¿hacia qué abstrusas, ininteligibles y turbulentas corrientes ha sido arrastrado o manipulado el conocimiento científico conseguido a base de tanto esfuerzo humano?; ¿en qué isla se ha refugiado, avergonzado de su deserción?; ¿qué clase de hijo o engendro hemos heredado del matrimonio razón-sentimiento, lógica-mágia, elucubración-fantasía, reflexión-subyugación?; ¿qué extraño, sospechoso, farisaico y suplantador rito estamos ofreciendo a la ciencia y a la creación sin reconocer nuestra inconsciente o cínica adoración a falsos ídolos? Carezco de soluciones y me anticipo a confesarlo pero sí puedo ofrecer respuestas personalmente reflexionadas y vividas a las cuestiones planteadas.

Y, en primer lugar, amparándome burdamente en la eficaz técnica cinematográfica del flashback, evoco con mayor brevedad de la deseada personas y momentos estelares del esplendor humanístico, no guiada por vacuas piruetas eruditas sino para constatar un hecho estudiado y



reconocido por la Historia del que en la actualidad adolecemos: el hombre y los hombres que creyeron en la férrea fuerza del pensamiento y lo ejercieron desde el estudio riguroso, la partitura musical, el ensayo, celuloide, la novela, el mármol o lienzo apuntaron a un modelo ideal de existencia que dota siempre al producto realizado de un valor ético y paradigmático, ya que si sus propuestas son avanzadas para la época es porque el creador detecta con sensible termómetro las fisuras y deficiencias de su tiempo y propone un lenguaje *otro* que será asumido, según su gradiente revolucionario, antes o más tarde por esa sociedad que en principio no lo entendía o abiertamente rechazaba.

Ahí están encarando milenariamente a la Historia la grandeza de Sófocles, el pentélico del Partenón, la perspicacia de un Tucídides, la funcional racionalidad de Vitruvio, el férreo estoicismo de Marco Aurelio, el polícromo cuento de las mil y una noches de Justiniano, la magia del Dante, la diamantina catedral gótica, el hondo



humanismo anticipado y agorero de Petrarca y sus hijos que estrenaron Edad Moderna, Erasmo, el cercano Arias Montano, los artistas científicos del Renacimiento que tanto sabían de anatomía, geometría y perspectiva como de pinceles, cartabón y escuadra, cincel y martillo, los perturbadores sueños leonardescos, la *terribilitá* interior miguelangelesca, el sueño límpido de una noche de verano de Shakespeare, la estilizada espiritualidad de Palestrina, la locura más lúcida jamás contada de Cervantes, la musicalidad metafísica de San Juan de la Cruz, el fascinante silencio interior de Rembrandt o la cartesiana *res extensa* de Versailles, el melancólico sueño de Winckelmann, el decantado misterio de Mozart o la anonadadora proeza bethoveniana, el optimismo risueño y naciente de la arquitectura de hierro y cristal y su presentación en sociedad en la abierta e intrépida sonrisa del rascacielos, el vértigo de veinte y cuatro horas de *Ulises* de Joyce, la radical potencia vital y creadora de Picasso, la rebelde audacia de Schömberg, el inquietante *Rosebud* de Orson Welles o tantos y tantos años de soledad de



García Márquez y otros creadores silenciados por falta de tiempo.

No mitifico cuando me agarro a Holderlin para afirmar que cualquier hombre es un dios cuando sueña y nada más que un mendigo cuando piensa. El sueño tiene tan poderosas razones —como el corazón pascaliano— que la razón no alcanza a comprender. Y es que el ánimo de la creación radica, pese a infantiles y tópicas sensiblerías que nos han martilleado, en indagar, ordenar, expresar y proponer un mundo mejor. Pero, ¿en qué isla visitada por el héroe he dejado abandonada a la ciencia? Ariadna había fijado la vista en aquel horizonte lejano por donde desaparecía su amante y tal fue su desgarramiento interior, al sentirse privada de él, que murió en el intento de sobrevivir esperándole. En homenaje a ella, que siempre anduvo unísona a su paso, tenemos que recuperar a Teseo.





SI he dedicado una breve mirada al desarrollo de la cultura con fugaces pinceladas, de igual manera procederé con el ámbito científico, si bien pido de antemano disculpas por la sequedad expositiva —que no es falta de respeto y admiración sino indigencia cognoscitiva— de sus espectaculares logros. Y tan grandes que no puede comprenderse la creación humana y sus poliédricas formas de existencia a lo largo de la Historia sin el insoslayable recurso de la ciencia.

Desde que Ampère confeccionó una tabla con 512 ciencias, éstas, sensibles radares del progreso y estigmatizadoras de la cualidad de una civilización, han aumentado en tal medida y ramificado sus diversos campos de conocimiento que resulta tarea verdaderamente imposible enume-



rarlas; ni siquiera pretendo proceder a un ensayo de clasificación y distinción entre ellas al que mentes más preclaras han dedicado sus indagaciones y continúan en la actualidad estableciendo nuevas etiquetas, algunas de las cuales habría que acoger con reservas.

Y, obligadamente, tengo que volver al principio: los griegos lo inventaron todo. Por mucho rastreo al que procedamos no encontraremos la cuna de la ciencia actual sino en la costa jónica, aunque sabrosísimas aportaciones, como el cálculo aritmético egipcio y la astronomía y matemáticas mesopotámicas, le precediesen. *El mundo de Sofía* —libro de lectura obligada en esta temporada, como rezarían al unísono los medios de comunicación y la saturante publicidad— nos viene a refrescar la memoria con aquellas primeras proezas intelectuales del mundo griego donde difícilmente podía separarse ciencia de filosofía. Al preguntarse el por qué de los fenómenos de la naturaleza, a la que no dominaban, ejercían una actividad filosófica que tenía que



topar, por fuerza, con inesperados descubrimientos científicos.

En esa tesitura se encontraron personalidades como la de Tales de Mileto, Pitágoras, Demócrito, Hipócrates, Euclides o Arquímedes —por citar los más vigorosos cimientos del pensamiento científico en su edad infantil—; Tales predijo con pasmosa exactitud un eclipse de sol y procedió a una demostración inductiva de su conocido teorema geométrico; Pitágoras sudó, aún más que bachilleres que fuimos irrevocablemente destinados al campo de las letras, la demostración del teorema que lleva su nombre; Demócrito tuvo la audaz intuición, sobrecogedora por adelantada y pionera, de concebir la composición atómica de los cuerpos; Hipócrates inventó el diagnóstico de las enfermedades —digámoslo así— en su método de observación basado en un riguroso sistema científico; Euclides legó al mundo la felicidad, hasta que llegó Copérnico, al establecer las bases axiomáticas de la geometría y Arquímedes nos ofreció la mecánica estática y las bases sustancia-



les de la hidrostática. Hicieron ciencia pura, es decir, investigaron para alcanzar un mayor dominio sobre la naturaleza y propiciar al hombre un ánimo sereno y armonioso para afrontar la existencia.

Los romanos no se anticiparon, hicieron tecnología, con toda la carga positiva que reportó al mundo, pero ofuscando el proyecto de pensamiento científico inaugurado por los griegos. Los *Diez libros de arquitectura* de Marco Vitruvio Polión se habrían colocado en la merecida posición de *best-seller* de haber existido la imprenta y las técnicas de promoción y lanzamiento. Ciudades, foros, templos, termas, teatros, circos, puentes, bibliotecas y un largo etcétera constructivo para cobijarse en la vida encontraron en las recetas vitruvianas la *utilitas*, funcionalidad y eficacia que la actualidad demanda para cualquier actividad humana.

El deslumbrante resplandor de la ciencia árabe se hace paradigmático en la figura de Averroes, quien aunó ciencia y filosofía, al no contentarse



con la observación de los fenómenos físicos del cuerpo humano para establecer un diagnóstico sino que le dotó de la potencia anímica que todo proyecto existencial acarrea, transitoria o implacablemente truncado por la enfermedad.

Los inquietantes descubrimientos astronómicos copernicanos privaron para siempre al hombre de su absoluta certeza de ser medida de todas las cosas. Al privar a la tierra de ser el centro del universo, quedó inaugurada, científica y existencialmente, la angustia metafísica, la desazón del hombre por conocer cual es su lugar en ese universo cambiante y polimórfico, en esa *res extensa* cartesiana. Copérnico hizo crecer a la civilización con sus descubrimientos científicos y eso es un logro que la humanidad siempre le deberá, cierto; le privó de sus certezas absolutas, pero fue poniendo ante sus ojos nuevas opciones morales de las que hasta entonces adolecía.

La célebre máxima pascaliana —*odio el silencio de los espacios infinitos*— fue el ánimo constante



del hombre de la Edad Moderna a la que contribuyeron sobresalientemente con más esperanzadas expectativas la lógica inductiva de Francis Bacon, el recio razonamiento experimental de Galileo, la teoría de la dinámica de Newton y el descubrimiento del cálculo diferencial e integral formulado por éste y por Leibniz, hasta que los nuevos horizontes de la Ilustración y su consecuente culto a la Razón, la Revolución francesa con su solidario programa político-social y la sonriente era industrial le devolvieron algo de su equilibrio perdido.

Renan habló con euforia del *porvenir de las ciencias* al estudiar los avances decimonónicos de Pasteur, Reaumur, Claude Bernard, Darwin, las matemáticas de Riemann, Gauss, Galois, Cauchy y Hamilton que condujo a un positivismo determinista tan exacerbado que la ciencia hubo de reflexionar y comprender el planteamiento de un concepto más ajustado al auténtico carácter del conocimiento humano.



Y una nueva vuelta de tuerca: los descubrimientos radiactivos de Becquerel y Curie, la teoría de la desintegración de los átomos de Rutheford pero, sobre todo, la teoría de los *quanta* de Planck, Lorenz, Poincaré y su desencadenamiento en la aplastante teoría de la relatividad de Einstein zamarrearón la existencia del hombre del siglo XX más allá de lo que podríamos habernos parado a contemplar, de no ser por nuevos y superacelerados descubrimientos, como la teoría de la expansión, y los diversos —por bonancibles, escalofriantes, esperanzadores o sofisticadamente patéticos— espectacularismos de las actuales ciencias experimentales, como la Bioquímica, Medicina, Astronomía, Física y Matemáticas.





Y ahora, ¿dónde he dejado a Ariadna? Necesito de su presencia más que nunca pues, llegados a esta encrucijada, no sé realmente qué querrá transmitirle a Teseo. ¿Será capaz, con tal de no perderle surcando solo ese desconocido piélago, lanzarse a la deriva, sin protección alguna, y recorrer largas distancias de fangosas vicisitudes? ¿Posee tal fe que aguarda, esperanzada, su reencuentro?

Los auténticos Teseo en la actualidad siguen siendo mentes de acerado pensamiento que, conscientes de la apisonadora tecnocrática, denuncian lúcidamente en sus reflexiones científicas los derroteros experimentales o desertan de su profesión con conciencia moral y ajustada escala humana. Ahí está Ernesto Sábato, prófugo



de la Física que ya le brindaba esplendoroso futuro que abortó en pro de la más desesperada, sobrecogedora y desnuda literatura.

Cuando Thompson poetiza la ley de la gravitación universal al versificar *no puedes perturbar una flor sin trastornar una estrella* está aplaudiendo la nomenclatura formulística, aparentemente seca, descubierta por Sir Isaac Newton. Pero ambos han procedido a la exposición de un principio científico de validez universal, aunque sus lenguajes, objetos de estudio y consecuente corolario, el método, difieran.

Seguramente sea esa fisonomía equívoca, esquiva y huidiza de las Humanidades la que superficialmente le roba su valor científico y aún cuando éstas escapen a esa configuración implacablemente concreta, exacta, mensurable, física y constatable de la ciencia y se acomoden mejor al planteamiento diltheyano, siguen siendo reconocidas y respetadas por los auténticos talentos científicos que admiten en la contextura espiritual del hombre una tendencia hacia lo absoluto,



con todos los reparos que pueda amparar el concepto expresado.

Fue precisamente el famoso físico von Weizsäcker, nada sospechoso de anticientífico, quien dijo que *el sufrimiento de cada hombre por el tiempo y por la mutabilidad es un acontecimiento tan importante que tiene que creer en algo exento del aniquilamiento, con el fin de ser capaz de vivir*. Quizá también los que trabajamos el campo de las Humanidades, conscientes de la relatividad operativa de los conceptos extremadamente rigurosos y de la fragilidad implícita que la obra creada por el hombre oculta, nos hemos atendido al «principio de la razón suficiente» —a fin de cuentas pilar insoslayable del conocimiento— utilizándolo no como *norma* rigurosa sino como base de *impulso* al saber.

No creo, por tanto, en ese supuesto divorcio entre la ciencia y las humanidades, pese a las permanentes confrontaciones a las que se las ha sometido. A veces, por mentes lúcidas que han reflexionado sobre la fundamentación del pensa-



miento humano y en la mayoría de los casos por pseudocientíficos agazapados en su guarida intelectual que si es de estirpe puramente científica olvidaron, pobres ignorantes, el valor de las Humanidades y si pertenecen a este campo confesaron en plaza pública, fatuos ridículos, su crasa ignorancia.

Jean Paul Sartre reanima *La Orestíada* en *Las moscas*, de donde despierto un diálogo olímpico y heroico, destilador de un profundo sentido trágico aplicable a la situación actual de las ciencias y las artes.

Pronuncia Orestes, implacable:

- *¡Que se desintegre! Que las rocas me vilipendien y las flores se marchiten a mi paso. Todo tu universo no alcanza para probar que estoy equivocado. Tú eres el rey de los dioses, el rey de las piedras y las estrellas, el rey de las olas del mar. Pero no eres el rey de los hombres.*

A lo que contesta fulminante Zeus:



- *¡Engendro imprudente! ¿Así que no soy tu rey?
¿Y a ti quién te creó, entonces?*

y arrasa el héroe con su respuesta:

- *Tú. Pero te equivocaste; no me deberías haber
creado libre.*

Y la ciencia, si es tal, también lo es, libre, como la creación. Afronto, a continuación, por tanto, la situación de pronóstico reservado para éstas en función del buen uso de la libertad y la conciencia ética y moral con que aborden o sean arrasadas por esas ciénagas pseudocientíficas.





POR encima de mentes romas y secantes, empestilladas en el enconamiento exacerbado entre las ciencias y las artes y a las que Quevedo en su amplia galería tipológica calificaría como *necios con bordón y esclavina y notoria falta de caudal, a prueba de mosquete, de pendón y caldera, con capuz, gordal, con más bastas que un colchón, de tres suelas y por hueco a lo do de pecho de azor* e incluso *con felpa y papagayo*, cuando la ciencia cede sus objetos y métodos a su hijastra o ésta se arroga impunemente inmerecidos derechos, la sensibilidad creadora, perpleja, se paraliza al sentirse traicionada y se introduce silenciosa en su caparazón en un proteico y salvífico intento al no aceptar dignamente y con toda la razón vasallaje a tan déspota y deshumanizado señor feudal que



ha ahogado todo proyecto de desarrollo mental y reflexivo.

Me refiero a la gran silenciadora: la andrógina tecnocracia, la ambigua hija de la estéril prepotencia y la falsa valentía. Marx tuvo la honestidad de anunciar la muerte de Dios y otros proclamaron como diosa a la razón. Es tal la ausencia de identidad y especificidad humanas que ningún nombre y apellido ha lanzado el edicto de los nuevos diosillos de la postmodernidad—acción, intrepidez y audacia— y, sin embargo, la humanidad se agosta en feroz carrera para alcanzarlos.

Sí creo, por tanto, y de forma rotunda en el cisma producido en la mente y vida humanas desde su vertiginoso auge. Si en 1453 se produjo el sonoro de Oriente y Occidente, en la actualidad asistimos, con nula originalidad por cierto, a otro. Pero sin Norte. O con una trayectoria que da vértigo analizar cuando nos detenemos a reflexionar sobre el mundo que nos ha tocado vivir y



cuando escuchamos a científicos puros como Hawking alertarnos al pronunciar que *el mundo que vivimos ha cambiado mucho en el último siglo, y probablemente cambiará aún más en los próximos cien años*. Personalmente, siento zozobra, malestar y angustia existencial ante ese adverbio utilizado por una mente rigurosa que ha realizado descubrimientos pavorosos. Y no pretendo sumirme en una visión apocalíptica o un infierno dantesco pero ¿qué mutaciones cualitativas nos esperan en un futuro próximo, sin contar con las que de manera más o menos conscientes vivimos instalados en el ingenuo confort de nuestra cotidianidad?

Desde una óptica estrictamente científica y humanística, dudo abiertamente de la inocencia de James Burnham cuando escribió en 1941 *La revolución de los managers*. La sociedad americana —y ese complejo entramado que conforma la antropología y cultura de un país— contaba con un caldo de cultivo idóneo que el escritor y propulsor de las nuevas formas de concepción del



pensamiento, del trabajo y de la vida supo aprovechar, alentando y ganándose a las fuerzas socio-culturales más poderosas, precisamente procedentes de las Universidades; quizá el cansancio de la vieja Europa, su interpretación del concepto de modernización como americanización, las fuerzas políticas dominantes, la realidad del cosmopolitismo de masas que vivimos y el indigente mimetismo trasplantaron al continente europeo las nuevas *verdades* de la segunda mitad del siglo, a las que acogimos con mayor ligereza y euforia de las merecidas.

Pero Europa no podía quedar fuera del juego de fuerzas mundiales y, sobre todo, no podía competir con *Mister Dollar*, instalado cómodamente en todos los vericuetos de la vida humana. Primero fueron los dioses olímpicos y cristiano, barridos por la inequívoca Razón; ahora el *poderoso caballero don dinero*, en cínica carcajada, ases- ta el golpe camuflando un quizá justificado complejo de inferioridad por estar saliendo de su etapa infantil de civilización y presentándonos



en sociedad con prepotente y hortera estilo innovador a su hija Tecnocracia, a cuyos abuelos, los romanos, malinterpretó, explotó a sus padres, la Ciencia y las Humanidades, buscándose como tutor al poder estatal en quien encontró los mimos que perseguía.

¿Dónde quedaron vuestra ciencia milenaria —nos espeta al acelerado paso de la acción—, vuestro patrimonio cultural, las voces de vuestros filósofos, vuestro santuario del pensamiento? ¿No sabíais que compramos a vuestros genios, tras la Segunda Guerra Mundial? ¿No entendéis que nuestro pragmatismo es más eficaz —¡ya salió su nombre mágico!— y cedimos nuestros modélicos laboratorios y nuestro brillante *green* de los campus universitarios para albergar las ideas de vuestros sabios? ¿Desconocíais que somos nosotros, sin Platones, catedrales góticas, humanistas renacentistas, Aufklärung, Schubert o ismos vanguardistas quienes lo patentamos todo?



No os preocupéis —continúa testimoniándonos— conseguiremos altas tasas de desarrollo y nuestras mentes técnicas, puntuales, exactas, hábiles y efectivas pensarán por vosotros, dejándoos descansar. Y nos la hemos creído. Nos hemos quedado tan contentos interpretando que la proliferación de basura literaria que se nos ofrece como científica y cultural responde positivamente a ese espectacular desarrollismo capitalista y que la despolitización de las masas, la ausencia de capacidad mental y de conciencia cívica, intelectual, urbana y moral ha quedado suplida por las intervencionistas maniobras del poder de la técnica. De la técnica entendida en sentido contemporáneo, no del concepto griego de *téchne* como noble y cualitativo oficio de las artes. Teseo y Ariadna no sólo no han podido con el Minotauro: han quedado aplastados por él.

El mundo siempre ha soportado sus pestes, epidemias, cismas y cánceres y ha tenido que afrontarlos con los recursos de su estado de civilización. En la nuestra, la filosofía y metodolo-



gías de las ciencias ha ofrecido bases axiomáticas, como el principio de tecnicismo y revisibilidad, con el fin de evitar exagerados y perniciosos vuelques en la tecnocracia. Admito la implacable realidad de saturación de minotauros que hoy vivimos e incluso creo que nuestra civilización podría gozar de un mayor grado de autoestima aún conviviendo con ellos pero siempre que contáramos con la lucidez mental de ubicarlos en su lugar.

Sólo me pregunto dónde ha quedado esa alta capacidad de reflexión y vigor anímico del hombre, por qué una raquítica excepcionalidad, a costa de tantos precios, intenta vivir la vida, reflexionarla y, en todo caso, en un esfuerzo de auténtica desnudez, escribirla, para explicarse las inmundas ciénagas que transita o como única ofrenda que puede legar a la humanidad; me pregunto, en definitiva, en qué oscuro túnel andan escondidos Teseo y Ariadna, amedrentados de la animal fuerza del Minotauro o cínicamente aparejados con él.



Hablamos con excesiva frecuencia de las dolencias del hombre contemporáneo y son ciertas su desgarrada enajenación, el acelerado consumismo frente a esos dos tercios de humanidad tercermundista, la rotunda incomunicación, los radicales integrismos, la cínica insolidaridad y me alejo rotundamente de ese encadenante muro de lamentaciones, no sin antes formular una pregunta: ¿por qué silenciamos un eslabón sustancial de ese rosario cotidiano de vejaciones y sufrimientos?

Me refiero a la deshumanización, a la ausencia de estímulo por conocer aquella triple bandada de flechas que dispararon los griegos desde su arco de esperanza.

Pero, ¿qué es la deshumanización sino la pérdida radical de entidad personal y la ausencia de ánimo por indagar entusiastamente en las obras de nuestros antepasados? Las disciplinas humanísticas, en el estricto sentido etimológico del término, son *mártires* del saber contemporáneo,



habiendo quedado progresivamente relegadas u olvidadas desde la denominada era tecnológica.

Lejos de condenar avances que benefician la cotidiana actividad humana en todos sus quehaceres, no pretendo sino cubicar el espacio que a una y otra le corresponde sin que medie la usurpación de terrenos, que es la progresiva y amenazante realidad que vivimos. Apartando de mi mente escalofriantes experimentos que alcanzan un abrumador record mundial de sofistificación en el resquebrajamiento físico y rotura moral del hombre, aplaudo, por citar sólo un ejemplo, dejar la estatua de Colón y saludar, desde el otro lado del Atlántico, la de La Libertad en espacio de diez horas. Respeto y valoro los costos que ese Icaro contemporáneo ha supuesto a la civilización desde que un Leonardo, siempre con prisas en la vida, vislumbrase esos prodigios de las telecomunicaciones e incluso me asombro, no sólo guiada por mi ignorancia sino por la cadena de reflexiones que me suscita ese agigantado salto y por las facilidades que me reporta; pero no le



rindo pleitesía; me abrocho el cinturón de seguridad y, al aterrizar, doy las gracias a la tripulación por haberme prolongado la vida mientras, flotante en el océano, he podido releer la *Apología de Sócrates*.

No creo, francamente, que esto pueda ser llamado deformación profesional; en todo caso, puede que responda a un visceral y cultural impulso al saber. Y es que, en concordancia con Ernst Cassirer, estoy convencida, con todo lo que de impotencia espiritual soporta, de la fuerza de la cultura. Lo que ésta promete al hombre, *lo único que puede darle, no es la dicha misma, sino lo que la hace digno de merecerla. La finalidad de la cultura no es la realización de la dicha sobre la tierra, sino la realización de la libertad, de la auténtica autonomía, que no representa el dominio técnico del hombre sobre la naturaleza, sino el dominio moral del hombre sobre si mismo.*

Sin embargo, la vida actual ha llevado al hombre —incluido el universitario, sea cual sea la parcela disciplinar en que trabajemos— a racio-



nalizar más que a pensar, en buena medida por confort intelectual y por esa prepotencia de la horaciana *áurea mediocritas* de la sociedad de masas y consumo en que vivimos, creyendo saberlo todo cuando realmente somos cándidos e ignorantes frente a escalofriantes incógnitas que afectan a nuestro mundo. Quizá también, por ese tembloroso temor a la respuesta reflexionada, aceptemos acomodaticiamente los patrones impuestos. Pero, de hecho, la vida intelectual e interior del hombre se ha ido progresivamente empobreciendo, debido a diversas formas de racionalización cuyas consecuencias, entre otras, arrastran del desencantamiento de Weber, la desdivinización de Jaspers, la desinteriorización del hombre que vive más en extensión que en profundidad y la estandarización frente a una justamente entendida individualidad. Compensatoriamente, hemos conseguido —o eso creemos— el dominio del mundo, pero a costa de eliminar nuestros sentimientos, y nos hemos convertido en objetos de laboratorio, fríos, asépticos y analíticos, en detrimento del entusiasmo, la pasión y



la esperanza, siempre compañeras de la convicción y reflexión.

Puede que estas palabras que pronuncio ante un auditorio fundamentalmente intelectual y cultivado resulten indeseadamente petulantes y no quisiera ser así interpretado; pero seamos auto-críticos y reconozcamos que, en alguna medida, estamos contaminados del *homo aeconomicus* de Spranger y de la diversificada polución que acarrea. Hemos olvidado la fascinante lucha y conquista que supuso para aquel personaje de *El cuarto mandamiento* de Orson Welles, en el que Joseph Cotten defendía férreamente la ineludible necesidad de valerse de la máquina, no para alienarse en ella y rendirle un humillante vasallaje, sino para facilitar al hombre nuevas vías de acceso hacia la libertad.

El fenopaisaje que vivimos es mediocre, vulgar, ramplón y hasta hortera; el criptopaisaje que tras él se esconde es inmundo, sórdido, vomitante y con nauseabundo olor a cloaca. Pero no nos engañemos. La Universidad no es un inexpugna-



ble reducto con almenas y merlones ni el más bello fanal acristalado, aséptico a toda contaminación. No poca pestilencia llega al mundo desde ella, desde donde el más limpio saber y desinteresada reflexión debería expandirse con mucho mayor vigor que los diversos intereses que nos mueven.

Admitamos, al menos, que el Minotauro nos ha vencido, que le hemos perdido la pista a Teseo y Ariadna y que, cínicamente, le hacemos a diario la cama a ese aparentemente calmo huracán que nos ha encabalgado en la acción, alejándonos de la reflexión; que nos ha adiestrado sutilmente en la eficacia en detrimento del noble ejercicio del pensar; que nos ha robado el tiempo dedicable a la capacidad de asombro y a la emoción de descubrir engañándonos con la *oferta cultural de venta próxima en su quiosco habitual* ; que nos ha estafado pidiendo a nuestras diversas disciplinas pragmatismo, cuantificación, datos y utilidad y se los estamos suministrando; que nos ha convencido de ser intelectuales por ensalzar esnobistamente,



es decir, *sine nobilitate*, el más abominable canal televisivo a faltos de preparación para discutir sobre el concepto de felicidad en León Hebreo; que nos presenta por genios a seres que sufren la insalvable e insufrible enfermedad de una formación superespecializada, despreciando machadianamente cuanto ignoran, que no es poco.

Y somos tan ingenuos, tan fatuos y prepotentes como ellos al creer que conocemos *Norma* de Bellini porque hemos oído en la televisión una de las arias más bellas del bel canto —*Casta diva*— en el anuncio de un nuevo modelo de coche o que sabemos latín porque hemos escuchado a alguien pronunciar un *de motu proprio* tan sintácticamente chirriante que levantaría a Cicerón de su cenotafio. Y, por supuesto, sin haber pasado por delante de una facultad de Medicina, todos sabemos lo que es el colesterol. Bueno, haré una confesión personal: reconozco mi ignorancia científica al respecto —y su reconocimiento me aleja de la fatuidad— pero creo a mi médico cuando me dice que lo tengo alto.



DESCARTES comenzaba su *Discurso del método* con una puntual e irónica observación. El mundo está justamente repartido— rememoro, no cito textualmente— porque siendo el sentido común el menos común de los sentidos, todo el mundo se cree en posesión de él. Hoy habría que decir lo mismo de la cultura y de la ciencia. Jamás el hombre se ha sentido tan sabio como en la actualidad. El de la calle por su cultura fascicular, desde mi óptica personal mucho más justificable y encomiable que el universitario encorsetado en su celular especialización. Al levantarle la primera capa epidérmica, la más asombrosa y desalentadora fisonomía y felicidad zoológicas afloran.

Una paradigmática anécdota: una afamada galerista neoyorquina, gran conocedora del arte



contemporáneo y prestidigitadora en ventas de Picasso, Warhol, Matisse y otros atlantes por cifras astronómicas, me preguntó cual era mi país y, al contestarle, extendió un dedo sobre un mapa imaginario hasta que, toda eufórica, localizó España debajo de Argentina. Aquí tienen una muestra hiperrealista de nuestra cultura contemporánea. Y cuando digo hiperrealista, obviamente, es por el continente elegido para el ejemplo. Y cuidado con las barbas del vecino, que seguramente en su prestigiada Universidad pudo elegir como asignatura optativa Taikwondo en vez de Geografía.

Se habla del agotamiento del hombre actual y de la agonía de la civilización en curso. Personalmente creo que es una nueva trampa tendida para que sigamos tumbados en la poltrona intelectual y mental que hemos solicitado y que con rapidez centelleante nos han servido. Sí creo, en cambio, en la pobreza que naufragamos. Mi terquedad de vértigo hace que persista militando en el partido de Antígona cuando decía



que de todas las maravillas del universo, el hombre es la más bella. Pueden tomarme mi confesión en el sentido más profundamente filosófico o —¿por qué no?— en el más fascinantemente femenino porque en ambos profeso. Pero, ¿de qué hombre hablo?

Hablo de ese pobre y enfermo Teseo de fines del siglo XX enmarañado en el laberinto y engañado en su enfermedad, al mirar alrededor y encontrar por todos los caóticos y embrollados corredores revestidos de mareantes espejos otros muchos Teseo, aparentemente sanos como él, que repiten sus mismos gestos, hacen iguales muecas, verborrean las mismas frases manidas y vacuas y realizan movimientos robotizados.

Hablo de ese Teseo que vegeta, pasta o hace fotosíntesis. No vive realmente porque está incapacitado para *encontrarse* en el mundo, para reconocerse a si mismo, ante los otros y en la emoción estimulante de descubrir quiénes fueron sus abuelos, cómo vivieron, con qué soñaron y por



qué trabajaron. Goethe lo expresó en frase merecedora de ser cincelada en capital alzada: *el que no sabe llevar su contabilidad por espacio de tres mil años se queda como un ignorante en la oscuridad y sólo vive al día.*

Hablo, también, de ese Teseo que, contagiado de la fiebre virásica de la supervaloración de la acción tecnocrática, ha olvidado decidir lo que va a ser constantemente, fabricando su propio proyecto de vida. En este sentido, resulta alentador que los ingleses, de los que no se puede sospechar ni el más mínimo ápice de antipragmatismo, han vislumbrado una nueva fórmula comenzando a elegir para puestos directivos de entidades bancarias —no se asusten ni rían— a licenciados con formación humanística. Y me anticipo porque nunca faltan interpretaciones romas y pueriles: la mejor, o al menos esforzada dirección de banco que puedo ejercer está en el aula universitaria, el más valioso magnate del saber, el más poderoso holding de la reflexión y el más áureo rey Midas del desarrollo de la sensibilidad. Y



continúo. A lo mejor —o a lo peor, según quién observe el fenómeno— es que no es tan necesario saberlo todo en cuestión de gestión financiera como ofrecer un proyecto global y holístico de la existencia y poseer una clara visión del amplio espectro de las necesidades reales humanas.

Y hablo, porque silenciarlo sería una mitificada o farisaica distorsión de la realidad, de tanto Teseo y Ariadna que pululamos por la Universidad pavoneándonos, jactanciosos, porque, por lo visto, el título de doctor es patente de corso para poder ejercer de ejecutivo. Aún cuando creo que el profesional de la ciencia debería ser humanista porque ésta es universal y el ámbito en que trabajan es la *Universitas*, más grave, grotesco y patético veo el desenvolvimiento del profesional en el campo humanístico. A veces por vergonzosa mediocridad y caótica desorientación, otras por frívolo mimetismo, abierta fatuidad o ceguera de miras y en mayor medida por subrepticio, confuso e insolente cinismo, hemos escondido bajo llave el retrato de Ariadna y nos



hemos lanzado al Minotauro, no para acompañar a Teseo en su caza sino para casarnos con él pseudocientíficamente. Y también nos hemos confundido en nuestra ingenua voracidad, recibiendo la justa recompensa que nuestra necesidad vocífera: las migajas, desechos y desperdicios de su fecundo caudal.

Aún más trágica veo esta deshumanización del profesional humanista en el terreno puramente humano. Creo sinceramente que si recogiéramos en vídeo nuestros movimientos por el campus universitario, nos avergonzaríamos de nuestras raquíticas, robotizadas, ridículas y computerizadas actuaciones. Ese bisbiseo pasillero, tantas subterráneas conjuraciones de Catilina que dejarían perplejo a Salustio o, simplemente, la carestía de un siempre enriquecedor diálogo interdisciplinar me recuerdan más que una auténtica vida universitaria un cervantino patio de Monipodio. Sé que estoy en él y me avergüenzo, hoy públicamente, en tantas ocasiones, como en una cercana en que *osé* —y lo digo con toda la



ironía de la que soy capaz — consultarle a un joven profesor, antiguo alumno de esta Universidad, una cuestión historiográfica que, como pude constatar, conocía mucho mejor que yo. Pero, más allá del asunto metodológico, lo que me dejó desarmada fue su perpleja confesión: era la primera vez que hablaba, profesional y humanamente, con un compañero. ¿Qué clase de humanidad y humanidades estamos transmitiendo no sólo a nuestros alumnos sino a nuestros más cercanos colegas? ¿Será cierto que nuestra heroína se ha desesperado y ha recurrido al suicidio?





SOLAMENTE puedo vislumbrar un nuevo Teseo saliendo del laberinto si recupera a Ariadna. El sentido, la función y la proyección del ejercicio reflexivo es, básicamente, que el hombre siga creciendo, aún sabiendo que todo crecimiento implica rendición y renuncia a la seguridad inmediata a cambio de metas más amplias. El saber no puede quedarse envasado al vacío; tiene que espigarse, madurar, animarse y decidirse a dar el salto a un nuevo estadio; sólo así el hombre hace más anchuroso su universo y propicia el progreso. Sé y sufro que las Humanidades no estén de moda en esta temporada pero me consta que, a medida que se vayan superando ciertos salpullidos y cobrando el hombre nueva conciencia de los minotauros con los



que tiene que luchar, éstas tendrán que tener su justa cabida.

Y no hablo ingenuamente apalancada en infantiles esperanzas. De hecho, mi convicción seguirá quebrantada y no consideraré cumplidos mis deseos hasta que en las convocatorias de becas y ayudas a la investigación de las comunidades autonómicas, nacionales, europeas e internacionales, el esplendor refrescante y vitalizador del campo humanístico no quede, al menos, igualado a los programas de I+D. Valga tan expresivo prosaísmo.

Me pregunto, a menudo rozando el límite de la paciencia, qué cambio de timón tendría que producirse para que esto llegara a ser una realidad. «Vende bien el producto» me contestaría en tan ramplona jerga tanto fenicio universitario instalado en el secreto tecnócrata, si le pidiese opinión. Y no me dolerían prendas responder que ni se puede vender lo que carece de precio, aunque las galerías de arte actúen tan generosamente, ni es función del profesional de la enseñanza uni-



versitaria vociferar sus mercancías. Y es que la descapitalización de la cultura procede, precisamente, de esa insensible ausencia de valor asignada a las consideradas *lenguas muertas y bellas inútiles* frente a la pueril adoración por las llamadas ciencias útiles. Admitamos que lo son, pero ¿dónde están los resultados felices de esos montantes asignados a las supuestamente disciplinas del progreso? ¿Cómo calibran las ganancias de libertad en el hombre? ¿Con qué *útiles y eficaces* instrumentos operativos han conseguido devolverle su autoestima? No, no existen, ni interesan, propuestas que conduzcan a resultados felices sino cifras, sondeos, porcentajes, encuestas y pirámides de población. Esa es la acción tecnocrática y ese es, realmente, el golpe fatal asestado a Ariadna. Orwell en su 1984 convirtió la ciencia-ficción en realidad cuando reflexiona el siguiente diálogo:

- *¿Cómo afirma un hombre su poder sobre otro?*
- *Haciéndole sufrir.*



- *Exactamente. Haciéndole sufrir. No basta con la obediencia. Si no sufre, ¿cómo vas a estar seguro de que obedece a tu voluntad y no la suya propia? El poder radica en infligir dolor y humillación.*

Y es desde la Universidad, a cuatro años de la inauguración del tercer milenio, de donde tiene que surgir esa flamante Ariadna. No le pidamos anacronismos, ni Trivium ni Quatrivium; ni siquiera un humanismo de aletargamiento nostálgico sino como rebelión posible, rebelión forjada en la búsqueda de un ideal de vida que responda a una verdad nueva y en consonancia con nuestra época; verdad nueva, es cierto, a menudo molesta e incómoda, pese a que todas las grandes conquistas de la humanidad se deben a ella y fueron engendradas por el hombre, inteligente y vacilante. La fórmula tendremos que encontrarla en la reflexión de nosotros mismos, del mundo que nos rodea y del que heredamos la vida, porque ningún hombre estrena humanidad sino que



se encadena, superándolo, a lo humano que ya existía.

No soy maga y desconozco, por tanto, la fuerza positiva que la nueva titulación de Humanidades, a punto de cumplir su segundo año de edad con esperanzadoras expectativas, puede infundir a esta deseada recuperación humanística que, lejos de estar reñida con el progreso, espolea y ayuda a recobrar su humanidad al desorientado hombre actual. Ejerzamos una docencia realmente creativa y estimulante a las mentes jóvenes que tenemos que preparar para la vida. Hagámosles sentir la necesidad de nuestra disciplina para su crecimiento y no consintamos que la consideren otro tampón más que le expide la fábrica de títulos. Alejémosnos de la figura del profesor inasequible, máquina semanal de un programa docente, y establezcamos un trato dialogante y abierto de anchurosa humanidad. Puede que esté confundida pero creo por experiencia personal que la mejor enseñanza que podemos transmitir, al menos los que trabajamos



en el ámbito humanístico, es abrir vías sugestivas para el desarrollo de la personalidad total del discente, solamente asumible desde el conocimiento de la historia, de las letras y las artes que propician un mayor grado de autoestima y libertad.

El saber no puede quedar adormecido en las aulas sino vivo en la conciencia de todos los que conformamos la comunidad universitaria para conseguir un mayor desarrollo profesional, intelectual y humano y expandirlo multidireccionalmente, como una rosa de los vientos. Sólo cuando los momentos de reflexión se conviertan en goce profundo y los de ocio en placer creativo, estaremos preparados para afrontar una nueva configuración humanística.

Pero no nos engañemos: nuestra mirada y nuestro mundo ya no son ingenuos y no podemos parapetarnos en la inigualable belleza de *La Melancolía* de Durero, ensoñadora ante el asombro de tanto aparejo científico, ni en la mítica frase de Bogart al descubrir que el halcón maltés



estaba realizado con el material con que los hombres fabrican sus sueños. Tampoco nos vale para protegernos en un pasivo y estéril llanto la nitidez conceptual y neoplatónica de aquel Botticelli que en *La Calumnia* representaba al rey juez, con orejas de asno por ejercer mal su oficio, colocado entre la Ignorancia y la Sospecha que tiende la mano a la Envidia, guiada a su vez por la Calumnia, peinada por la Insidia y el Fraude, arrastrando ante el trono del rey al calumniado, a quien le sigue la Penitencia que se vuelve hacia la Verdad, una Venus esplendorosa que expande un haz de iridiada luminiscencia en su desnudez total, expresiva del claro resplandor que emana siempre del Conocimiento y desprovista de tanta hojarasca charlatana —*palabrería sin compromiso* la calificó Kierkegaard— que pretende crear caótica confusión.

Ni siquiera nos vale, si no es como ejercicio intelectual orientativo, el mejor de los mundos posibles volteriano. *Cándido*, tras haber padecido todas las atrocidades que un hombre puede



soportar, hasta la desilusión de El Dorado, y no haber cejado su voluntad en admitir los tormentos desencantantes del mundo, encuentra una fórmula a la que se aferra por ser lo único que considera que le queda de válido al hombre:

- *Trabajemos sin discutir —dijo Martín— es el único medio de hacer la vida tolerable.*

- *Todo está muy bien —dijo Cándido— pero cultivemos nuestro jardín.*

El nuestro ya no sería el *hortus conclusus* escolástico ni siquiera el jardín volteriano. Arquitectos, ingenieros, economistas, técnicos, juristas, científicos y humanistas tendríamos que construir otra ciudad ideal, recordando a Hipódamo, Filarete o Le Corbusier, amoldada a nuestra actual existencia: una esplendorosa ciudad-jardín donde hubiera cabida para las actividades tendentes al progreso y en la que cascadas del saber, parques de la ciencia, plazas de la creatividad, calles del ocio y avenidas de la reflexión convergiesen hacia el gran obelisco de la libertad.



Pero dejemos el sueño y la aporía laberíntica y surquemos con las naves de Teseo nuevos horizontes que hagan posible lo necesario. Eso es utopía en sentido actual, superado el concepto que le atribuía Tomás Moro en la Edad Moderna como acceso ideal a lo inalcanzable.

Hoy las ciencias y todas las disciplinas trabajan con imágenes modélicas; sin embargo, para este viaje de recuperación humanística carecemos de tan válidos pertrechos en nuestro equipaje. Tenemos que inventarnos día a día ese modelo que en nuestra vida profesional tenemos tan manido y asegurado. Quizá el ejercicio de desbrozar la maleza con rigor reflexivo sea lo que nos produce esa ingrata gravidez que ralentiza o aborta nuestro movimiento. Pero tenemos que activarnos, posibles nuevos Teseo y Ariadna a las puertas del siglo XXI, huyendo de ese cansado grito de guerra de la frenética acción, entonado por el tecnocrático minotauro. Y, si así lo decidimos, restañaremos heridas mal curadas, ésas a las que cantó valientemente Miguel Hernández,



inseparables, felices, dolorosas e ineludibles
compañeras del humanista: la herida de la vida,
la del amor, la de la muerte.

Muchas gracias a todos.

SE ACABÓ DE	ESTAMPAR
ESTA LECCIÓN INAUGURAL DEL	CURSO ACADÉMICO 1995-96
EN LOS TALLERES DE	EUROPA ARTES GRÁFICAS, S.A.
CON EL	TÍTULO
<i>ARIADNA Y TESEO EN EL</i>	<i>LABERINTO HUMANÍSTICO</i>
EL DÍA 8 DE	SEPTIEMBRE
DE	1995
FESTIVIDAD	DE LA
NATIVIDAD DE	NUESTRA SEÑORA